

ARTÍCULO ORIGINAL

La estratificación social del siglo XIX español, en la obra novelística de don Armando Palacio Valdés (socialismo y liberalismo)

The Social Stratification of the Spanish XIX Century, in the Novelistic Work of Don Armando Palacio Valdés

Fernando Álvarez Balbuena

Académico Correspondiente de la Sección de Humanidades de la Real Academia de Doctores de España
falvarezbalbuena@yahoo.es

RESUMEN

Casi todas las novelas de Don Armando Palacio Valdés, cada una a su manera, valen por todo un tratado de sociología y/o de psicología social, pues tal es la agudeza y la penetración que en la descripción de tipos y de situaciones sociales posee el escritor asturiano. Eso sí, siempre formulando juicios severos en su crítica a la sociedad en que se producen sus personajes, sin perdón para clases, ideas ni estamentos. Todos los estratos sociales se han tratado en su novelística y a todos ha buscado los puntos flacos y los defectos de que adolecen, pues no otra cosa es la crítica social que nos brinda Palacio Valdés, si bien hay que decir que su tono es hiriente o amargo solamente en las ocasiones en que vapulea los aspectos más injustos de la sociedad y de las costumbres de la época.

PALABRAS CLAVE: Costumbres, sociología, siglo XIX, situaciones de los personajes, contexto social, investigación histórica y novelística, estilo personal.

ABSTRACT

Almost all the novels by Don Armando Palacio Valdés, each one in its own way, are worth a treatise on sociology and/or social psychology, since such is the acuity and penetration that the description of types and social situations possesses Asturian writer. Of course, always formulating severe judgments in his criticism of the society in which his characters are produced, without forgiveness for classes, ideas or estates. All social strata have been treated in his novels and he has sought out the weaknesses and defects of all of them, since the social criticism that Palacio Valdés offers us is nothing else, although it must be said that his tone is hurtful or bitter only on the occasions when he beats up the most unfair aspects of society and the customs of the time.

KEYWORDS: Customs, sociology, 19th century, character situations, social context, research historical and novelistic, personal style.

Yo soy un socialista forrado de conservador, o un conservador forrado de socialista.

(Armando Palacio Valdés, en “La Novela de un Novelista”)

Dice Carlos Seco Serrano que alguno de los Episodios Nacionales de Don Benito Pérez Galdós, (concretamente el titulado *Narvéez*, capítulos XII a XV), vale por todo un archivo histórico documental¹, refiriéndose, claro está, al profundo conocimiento de la historia decimonónica española de que hace gala el escritor canario y al rigor con que nos la da a conocer, aunque lo haga de forma novelada.

Parafraseando a éste ilustre historiador, he dicho frecuentemente que casi todas las novelas de Don Armando Palacio Valdés, cada una a su manera, valen por todo un tratado de sociología y/o de psicología social, pues tal es la agudeza y la penetración que en la descripción de tipos y de situaciones sociales posee el escritor asturiano. Su intención, sin embargo, difiere notablemente de la de Galdós, porque lejos de querer ser históricamente didáctica, es simplemente narrativa, pero, eso sí, siempre formulando juicios severos en su crítica a la sociedad en que se producen sus personajes, sin perdón para clases, ideas ni estamentos². Todos los estratos sociales se han tratado en su novelística y a todos ha buscado los puntos flacos y los defectos de que adolecen, pues no otra cosa es la crítica social que nos brinda Palacio Valdés, si bien hay que decir que su tono es hiriente o amargo solamente en las ocasiones en que vapulea los aspectos más injustos de la sociedad y de las costumbres de la época.

Sin pretensiones de parecer como absolutamente original en el enfoque de este estudio, trataré de reducir al mínimo las citas y referencias exhaustivas a aquellos críticos y estudiosos de Palacio Valdés que antes que yo han analizado su obra en profundidad. Sin quitar méritos, en absoluto, a quienes estudian o estudiaron la novelística valdesiana y a aquellos otros que reinterpretan su pensamiento a través de tales estudiosos, procuraré dar mis propias opiniones, en clave sociológica, tras la lectura y la reflexión atentas de la obra de nuestro autor.

De este modo creo que sigo el propio criterio de Don Armando, muy donosamente expresado en un pasaje de la novela *“Años de juventud del Dr. Angélico”*. En dicho pasaje retrata el autor a un culto amigo³ y compañero de pensión del personaje principal de la novela, cuando ambos eran estudiantes en Madrid. Este amigo en las conversaciones de tipo

¹ Seco Serrano, C. *“Cuadernos Hispano-Americanos”* Mad. Oct. 1970-Ene. 1971 núms. 250-252 (p.274)

² Alborg, J.L. *“Historia de la Literatura Española”* (vol. V. p. 16)

³ Este amigo, llamado Pasarón en la novela, es un retrato muy agudo de Don Marcelino Menéndez y Pelayo, a quien nuestro autor conoció y admiró. Además, la novela a que nos referimos es en ciertos aspectos autobiográfica.

científico que se suscitaban en las sobremesas no cesaba de acotar con citas y más citas de autores consagrados.

Dice Don Armando por boca del Dr. Angélico:

“Cuando yo trataba de lanzar nuestra conversación a las alturas y estudiar los hechos capitales de la existencia y decidir de la mayor o menor veracidad de las ideas, en vez de apoyarme o contradecirme solía decir: *“esa idea que acabas de emitir es hegeliana, o ese concepto de la fuerza cartesiano, o esa opinión se acerca mucho al conceptualismo de Abelardo”*. Por eso un día, a la hora del almuerzo que era la de las grandes controversias, Sixto Moro⁴ le dijo: Te pareces a cierto joven que ofreció a sus amigos presentarlos en el palacio de un marqués donde se celebraban brillantes bailes y reuniones. Sus amigos, creyendo de buena fe que era amigo del marqués y frecuentaba su casa, se pusieron el frac y fueron con él al baile. Suben la escalera, entregan los abrigos a los criados, penetran en el salón, y nuestro joven se dirige al dueño de la casa, que se hallaba en medio de él, le hace una profunda reverencia y le dice: *“Marqués, tengo el gusto de presentar a Vd. a mi amigo Fulano, capitán de Artillería; a mi amigo Zutano, ingeniero de Montes, etc.”* El marqués le mira con asombro y, al fin exclama indignado: Está bien y a Vd. ¿quién le presenta? A mi nadie –responde tranquilamente–; yo me retiro. Y girando sobre sus talones se va del salón. Tú haces lo mismo: nos presentas filósofos y literatos, nos explicas con toda perfección sus opiniones, y cuando al cabo preguntamos por las tuyas, te decimos como el marqués: ¿Y Vd. quién es? Yo no soy nadie; yo me retiro, nos contestas.”⁵

Así pues, sin menoscabo de nadie, me atenderé a mis propias reflexiones y haré patentes mis puntos de vista y mis opiniones, que, por lo demás, son plena y legítimamente discutibles

La sociedad decimonónica que nos describe Palacio Valdés es una sociedad fuertemente jerarquizada, con una estratificación muy precisa y muy marcada, así como muy tradicional y también llena de prejuicios, sobre todo clasistas. Es una sociedad muy formal. Todo el capítulo primero de *Riverita* es extraordinariamente expresivo al respecto. El tío Bernardo le explica a Miguelito Rivera cómo debe de regirse una casa, en la que la señora de la misma cumple un papel primordial, pues la casa es su reino y su oficio y su destino en este mundo, tanto velando por su marido y sus hijos, como disciplinando a la servidumbre y poniendo orden en cuanto atañe a su perfecto funcionamiento. Es siempre preferible que los matrimonios sean entre iguales, sobre todo por lo que atañe a la fortuna, pero si la mujer no

⁴ Éste otro personaje, tiene, como el anterior, claras similitudes con otro importante protagonista de la historia de España: Don Emilio Cautelar.

⁵ Obras Completas de D. Armando Palacio Valdés. Aguilar, Madrid, 1948, Tomo I (pp.1511-1512)

alcanza en patrimonio a su marido, la buena crianza, el *savoir faire* y el encanto de una buena educación, contribuyen a minimizar la tacha de su falta de riqueza. El brillo social de su marido, según la posición que ocupe, cúmplele a ella resguardarlo y, si es posible, acrecentarlo. Ella es quien dispone cómo debe de recibirse a las visitas, ella quien organiza los saraos y reuniones que toda la gente de la buena sociedad debe de realizar. También se describen en dicho capítulo los convencionalismos de los entierros, que deben de ser solemnes (a los de las gentes de calidad, la casa real envía *el coche de respeto*, con lacayos enlutados y caballos así mismo cubiertos de gualdrapas negras y penachos del mismo color). Pondera igualmente los lutos, que deben tener una duración de uno o dos años pues el dolor del viudo, viuda o huérfanos debe de ser públicamente exhibido, aunque en una medida que ni se haga demasiado ostensible ni pase inadvertido de las gentes. Ello se manifiesta con la vestimenta adecuada, de riguroso color negro, de la que también deben participar los criados de la casa, cuyas ventanas deben permanecer cerradas. El luto impide a la familia acudir a fiestas, teatros y saraos, siendo de muy mal tono acortar y, aún peor, suprimir esta exhibición, la cual, en su justa medida, da buen tono a la familia, en tanto que es de mal gusto hacer excesiva demostración de la aflicción por parte del supérstite.

Es notorio, dentro de este contexto, el evidente clasismo que profesa esta sociedad y lo cerrada que es a la permeabilidad y a la movilidad ascendente. El medio más común de acceder a posiciones superiores es el matrimonio, aunque la diferencia de clase veta muchas veces esta posibilidad. Entre los muchos ejemplos que cabría citar nos fijamos solo en unos pocos: Doña Martina, esposa de don Bernardo Rivera, había sido planchadora (*Riverita*). Doña Paula, esposa del acaudalado comerciante don Rosendo Belinchón, lavandera (*El Cuarto Poder*), Maximina, que se casa con Miguel Rivera, sobrina de una estanquera de Pasajes (*Riverita y Maximina*). Esta última, sin embargo, no concita la aversión de la familia; al fin y al cabo, Miguel es huérfano y ni su madrastra ni sus tíos tienen demasiado afecto al personaje. Pero cuando llega el momento de casarse su primo Enrique, hijo de don Bernardo Rivera, con una chulapa que regenta una vaquería, allí fue Troya. Don Bernardo reprocha enérgicamente a su hijo que *arrastrase el nombre de la familia por el fango*. La propia actitud de Enrique, sus manifestaciones a su primo Miguel sobre su próxima boda, dejan ver un trasfondo de la vergüenza que siente el novio, quien, pese al amor que tiene a la chulapa, no puede prescindir del sustrato de prejuicios en que ha sido educado:

“Manolita es una chica honrada, pero de clase muy humilde. Todos los que vayan a la boda van a ser hijos del pueblo..., gentuza ¿sabes chico? Hay que decir las cosas por su nombre, tu mujer no querrá estar allí, y con razón”.

Enrique Rivera no invitó tampoco a los amigos de su clase por la razón que había dado en el párrafo anterior, esto es, por no avergonzarlos⁶.

Por todo esto, y por algunas cosas más, en el imaginario popular Don Armando Palacio Valdés es un autor del siglo XIX, sujeto a todas las limitaciones (también a las virtudes) que la época conlleva y, en cierto modo, precisamente por pertenecer a un siglo ya lejano en el rápido transcurrir actual de las modas y de las costumbres, se le considera también ya anticuado y poco interesante para servir de referente literario en la sociedad moderna.

Sin embargo, este estereotipo es falso. Para comenzar diremos que Don Armando vivió cambios políticos profundos ya que su existencia transcurrió en los siguientes periodos: reinado de Isabel II, Gloriosa Revolución de 1868, Primera República, Restauración, Regencia, reinado de Alfonso XIII, Dictadura de Primo de Rivera y, por fin, la Segunda República, falleciendo en Madrid el año 1938 en plena guerra civil española. Pero curiosamente, el fondo cultural y social español continuó inalterable por mucho tiempo, pues a pesar de tantos avatares como sufrió la política nacional durante la dilatada vida de nuestro autor, es, sin embargo, cierto que el cambio social profundo y la transformación de nuestras costumbres tradicionales, entre patriarcales y convencionales, no se produjo en España ni siquiera con la formidable convulsión de nuestra guerra civil. Acabada ésta, los hábitos y costumbres anteriores se restauraron en gran medida y no es hasta bien entrados los años 60 cuando, tras la época de autarquía, sobreviene el desarrollismo industrial que impulsa una modernización y una nueva forma de vida. Por ello podemos decir sin falta de rigor que aún tenemos frontera histórica con la sociedad que nos transmite la novelística de Don Armando. Fiestas sociales, bailes de gala, puestas de largo, los llamados bailes de sociedad en clubs elegantes, los más modestos bailes con farolillos a la veneciana en las verbenas populares, tanto en los barrios de las ciudades importantes como en las pequeñas localidades periféricas. Las romerías, teatros, cafés, el léxico, y sobre todo, las buenas maneras, cuando aún no se había generalizado el tuteo; la cortesía de quitarse el sombrero ante las señoras, a las que se saludaba besándoles la mano, se les cedía el paso y se las acompañaba dándoles la derecha. El respeto a los ancianos y la consideración hacia las personas de mayor dignidad, los lutos prolongados, etc. etc. Todo este acervo de comportamiento social sufre una notable convulsión con la llegada del desarrollo industrial que eleva el nivel de vida, crea una nueva y vigorosa clase media (antes casi inexistente) y se inicia una movilidad social ascendente impensable pocos años atrás, incluso, como decimos, después de la guerra civil.

Es por todo ello que me parece interesante, desde un enfoque sociológico, estudiar en la obra de Palacio Valdés la estratificación de la sociedad de su tiempo, como paso obligado y

⁶ Id. id. (pag. 444, vol. I)

casi imprescindible, para comprender en toda su magnitud el cambio social habido en nuestra patria y que casi no ha cumplido aún los 50 años.

En la consideración valdesiana de los estratos sociales no falta ninguno, como más adelante veremos, pero son escasos los obreros de la industria manufacturera o proletariado industrial, salvo los de de la minería, porque su origen asturiano le hizo conocerlos bien y así en *“La Aldea Perdida”* y en *“Santa Rogelia”* se alude a ellos de forma continua. Igualmente, en *“La Espuma”* hay un capítulo dedicado a la visita de una mina en Riosa (que tiene similitudes innegables con Almadén), donde se describe la vida infrahumana de aquellos trabajadores y se hacen consideraciones importantes sobre el socialismo.

En *“La Hermana San Sulpicio”* hay una breve alusión a las cigarreras de la Fábrica de Tabacos de Sevilla, pero hecha de manera festiva y sin intenciones ni moralizadoras ni analíticas. Esta ausencia del estamento obrero industrial se debe fundamentalmente, como ya hemos apuntado antes, a que la gran industria de fábricas, talleres etc. en el siglo XIX y primer tercio del XX español no se produjo con la pujanza que lo hizo en Inglaterra, Alemania o Francia y, además, nuestro autor vivió lejos de los núcleos industriales productores y transformadores (Cataluña, Vizcaya, etc.) que en aquella época se iniciaban en España. Los teatros básicos de la novelística de don Armando son la sociedad capitalina y la rural. Ambos le son bien conocidos y, como prudente observador y buen novelista, elude narrar aquello que no conoce con la suficiente profundidad.

Hay a lo largo de la obra de Palacio Valdés, más que una manifiesta intencionalidad política – que sin duda existe – un claro afán por retratar a la sociedad de su tiempo y por este camino van nuestras preferencias, pues del estudio de su obra podemos colegir con bastante aproximación cómo era aquella sociedad y a la vez rastrear cuales eran las ideas políticas de aquel tiempo, porque a pesar del apoliticismo que la mayor parte de los estudiosos de Palacio Valdés le atribuyen, hay importantes rasgos políticos a lo largo de toda su obra, aprovechables para nuestro estudio, y sobre ellos opinaremos al analizar sus ideas al respecto.

Y ello es así porque sociedad y política van unidas inseparablemente, quiérase o no, y es inevitable que al tratar de la una se refleje en ella la otra, pues el hombre es tanto el ser rousseauiano, sociable por naturaleza, como el animal político aristotélico. En suma: puede decirse que el ser humano es la hipóstasis de ambos conceptos y por ello toda construcción social es obra de la política y todo quehacer político, a su vez, resulta ser una consecuencia del ambiente social que lo informa y en el que se desarrolla. En otras palabras: existe una interacción inexorable entre política y sociedad. Igual o parecida interacción tiene lugar entre sociedad y literatura. La literatura y, sobre todo, la novela realista española que tuvo su auge en la segunda mitad del siglo XIX, constituye una crónica social, una especie de historia de la vida privada que refleja el modo de vivir y de producirse de las gentes y que

interesa al lector de una forma especial, tanto o más que la propia historia oficial, porque sus personajes le son más cercanos y entrañables, sus peripecias más parecidas a las propias y sus problemas de amor, de trabajo o de relación, se identifican con sus propias vivencias, hasta el punto de ver retratados en los personajes de la ficción sus propios sentimientos, sus propias necesidades así como sus ideas y sus creencias. Fielding, al discutir la teoría de la novela, acentuó siempre su carácter épico e histórico. No se puede presentar al hombre completo, insiste una y otra vez, sin presentarlo en acción. El novelista, pues, no es un simple cronista, sino un historiador. Por eso su obra no debiera parecerse al periódico, que consta siempre del mismo número de palabras, contenga o no noticias. El novelista ha de preocuparse por el cambio, por la relación entre causa y efecto, por las crisis y los conflictos y no solamente por la descripción o el análisis subjetivo⁷.

Es pues la novela realista y costumbrista una vía secundaria de educación política y, en este sentido consideramos y analizamos la obra de Palacio Valdés, entendiendo que el conocimiento de la sociedad de la Restauración es plenamente explicativo del posterior y trágico desarrollo de los acontecimientos sociales en España, que en palabras de Jacinto Benavente era por aquellos tiempos la *Ciudad Alegre y Confiada*, viviendo sus elites en una especie de nube de la que hubieron de caer violentamente por la propia inercia de su innegable ignorancia, de su escaso amor al trabajo y, sobre todo, de su desafección y desinterés por los verdaderos problemas sociales que se generaban en el interior más profundo de la sociedad, aunque bajo una aparente calma.

Pero hay una vía de regreso. Si bien la sociedad y el entorno se retratan en la novela, se analizan, se desmenuzan y se reelaboran, las ideas y las creencias y las propias situaciones que el novelista ha recreado o inventado influyen a su vez igualmente en la sociedad. Es claro que las novelas de caballerías, que tanto ridiculizó Cervantes, tuvieron un público adicto⁸. La propia Reina de Castilla, Isabel la Católica, tenía en su biblioteca abundante nómina de ellas. Exageraciones, gigantes y encantadores maravillosos aparte, es indudable que ésta literatura sirvió para fomentar y cultivar un espíritu caballeresco y un sentido del honor y de las virtudes humanas que estuvieron vigentes hasta bien entrado el siglo XX y que, en cierto modo, aún lo están hoy pues a pesar de la degradación que ha sufrido el concepto del honor y de que la propia *palabra de honor* carece hoy de aquella validez social que poseía hace cien años, así como la pérdida de vigencia de muchos de los aspectos de la educación de otras épocas, aún perdura en el espíritu de las gentes la admiración por la hombría de bien y por el sentido del honor, como no puede por menos de ser, aun cuando

⁷ Fox, R. (1975) *La Novela y el Pueblo*. Ed. Akal, Madrid. (pág. 99)

⁸ No toda esta novelística era ridícula y no a toda ella se refirió Cervantes para ridiculizarla. Así el *Tirant lo Blanc* o el *Amadís*, merecieron a la crítica otra muy diferente consideración.

el nivel de las buenas maneras y de la buena educación social haya descendido notablemente.

El propio Palacio Valdés nos habla de esta influencia de doble sentido al enjuiciar la conducta de los jóvenes aristócratas madrileños pertenecientes al llamado “*Club de los Salvajes*”, una asociación aristocrática y muy restringida (*La Espuma*),

“Los “Jóvenes Salvajes” aunque poco dados en general a la literatura, recibían, no obstante, su influencia. Lo que entre ellos priva son los folletines y las novelas de salón. Estas novelas trazan la figura de un hombre ideal, lo mismo que los libros de caballerías. Solamente que en las antiguas novelas, el hombre dechado era el que por amor a las nobles ideas de justicia y de caridad acometía empresas superiores a sus fuerzas, mientras en las modernas es el que por temor al ridículo se abstiene de todo entusiasmo y de toda acción generosa. Al hombre que arriesga su vida en todos los momentos por una causa útil a sus semejantes, ha sustituido el que la arriesga por las nonadas de la vanidad. Al caballero ha sucedido el espadachín.”⁹

Pero también a lo largo de toda su obra literaria resplandece el concepto del honor y de la bonhomía a través de personajes tan variopintos como Riverita, Sixto Moro, Pasarón, el Capitán Ribot, Pérez de Vargas, el Doctor Vilches, todos los cuales pertenecen a la burguesía acomodada; pero son igualmente ensalzados otros protagonistas humildes como el pescador José o el labrador Nolo y muchos más que son estampa y espejo de virtudes personales y sociales, siendo pocas las ocasiones en que Palacio Valdés refleja caracteres torcidos o malvados. En gran parte, su fama de novelista dulce y sentimental se debe precisamente a esta tendencia a ver el lado bueno de las gentes que transitan por sus obras.

La sociedad del siglo XIX, tal como la retrata nuestro autor, era muy cerrada y el concepto que se formaba en ella del *deshonor* de una persona o de una familia, tanto por motivos de infidelidad como de penurias económicas, podía llegar a ser una presión insoportable para quien la hubiera de padecer. En cuanto a la ley, parece claro que problemas que hoy se resuelven con un divorcio o una separación, procesos que cada vez se van simplificando más, eran entonces imposibles y, casi impensables, pese a que allende nuestras fronteras una legislación más permisiva y una sociedad más abierta, fruto todo ello también de actitudes políticas más sociales, más industriales, y seguramente más inteligentes, hacían menos dramáticos los problemas que estamos considerando. Estos problemas y estas conductas tardaron mucho en desaparecer de nuestra sociedad y, en muchos casos, llevaron su plena vigencia hasta época bien cercana, como decíamos al principio, aunque hoy día las

⁹ O.C.P.V. (1948) *La Espuma*. (pág. 242, vol. II)

nuevas generaciones sepan de ellos solamente por los testimonios de sus mayores y los vean en una gran lejanía.

Así como se recogen estos comportamientos sociales en la obra de don Armando, hemos de considerar que se recogen otros también mucho menos negativos, cuya belleza y encanto han desaparecido de las sociedades post industriales que nos ha tocado vivir. Hemos aludido líneas arriba a la gentileza en el trato hacia la mujer, el respeto venerable hacia las personas mayores, el vestir con dignidad y aún con elegancia, usando el atuendo formal que exigía cada momento y cada ocasión, un léxico mucho más limpio de soeces interjecciones que el que hoy se emplea comúnmente, el uso del tuteo cuando solamente la confianza entre los interlocutores era grande y la edad pareja y otros muchos llamados convencionalismos sociales, pero que eran expresión de un sentimiento de buenas maneras que el siglo actual ha borrado definitivamente de su ideario, se aprecian a lo largo de la obra de Palacio Valdés, dándonos idea de cómo se comportaba en público y aún en privado la sociedad del siglo XIX.

Se echa de ver cómo esta sociedad es muy poco propicia al cambio y en ella las clases dirigentes han hecho de su superioridad, real o pretendida, una cuestión indiscutible. Indiscutible es, en realidad, pues los estratos inferiores aceptan el sistema sin graves discusiones ni traumas sociales pues hasta que no se produce en España (con notable retraso respecto a Europa) el fenómeno de la industrialización, las masas y los sindicatos obreros carecen de la suficiente implantación y del peso social necesario para constituir una fuerza opositora seria que equilibre, o al menos contrapesa, a los que ocupan los niveles superiores. Se plantea así un conflicto de clases o simplemente contestatario, pero en aquel entonces la industrialización era todavía muy escasa y constreñida a la industria textil catalana, la minería asturiana y onubense y a la incipiente siderurgia bilbaína. La propia industrialización asturiana, que se describe con tintes tan peculiares en *La Aldea Perdida*, no se producirá hasta entrado ya el siglo XX. España, en general y Palacio Valdés en particular, produjeron su literatura antindustrial con tanto retraso como se produjo la propia industrialización¹⁰. Ello hace, así mismo, que el individuo viva inmerso en su clase, apagado a sus usos y costumbres y sin que haya, pese al liberalismo conservador del autor, un sentimiento individualista meridiano en prácticamente ninguno de los personajes de su novelística. Ello se explica porque, en realidad, fue la creación de una sociedad capitalista totalmente desarrollada la que completó la separación entre individuo y sociedad¹¹ y la que creó nuevos puntos de vista que cambiaron por completo el sistema de ideas y creencias vigente en España durante todo el siglo XIX y las cinco o seis primeras décadas del XX. Ello hizo así mismo que la vida de relación, hasta bien mediado dicho siglo, se desarrollase en

¹⁰ Mainer, J.C. (1972) *Literatura y pequeña burguesía en España (notas 1890-1950)* Cuadernos para el diálogo, Madrid, (pág. 94)

¹¹ Fox, R. (1975) *La Novela y el Pueblo*. Akal, Madrid (pág. 52)

esa especie de compartimentos estanco, en buena parte responsables del atraso cultural y económico de España.

Las relaciones laborales, tal como nos las describe Palacio Valdés en toda su obra y muy especialmente en *La Espuma*, son, por parte del asalariado, de absoluta fidelidad al patrono y, algunas veces, de sumisión abyecta, no solo al principal, sino también a la familia del empleador. De esta es buen ejemplo Llera, el hombre de confianza del duque de Requena, así como también lo es la importante nómina de criados que hay en todas las casas, no solamente en las de la aristocracia y de la alta burguesía, sino incluso en las de las clases medianamente acomodadas. También parece que para nuestro autor no existen más trabajadores, digamos proletarios, que aquellos que trabajan como criados para los señores¹², salvo, como indicábamos al comienzo de nuestra intervención, la breve referencia a los mineros de Almadén que, también en *La Espuma*, y durante el episodio de la visita a las minas, nos describe nuestro autor con tintes más bien sombríos y que hacen presagiar la mala conciencia que se esconde tras las palabras que pronuncia en un banquete el duque de Requena. A este discurso autocomplaciente opone Palacio Valdés otro del doctor Quiroga, médico de la mina, que hace gala de humanismo y de socialismo y que es, consecuentemente, muy crítico con las condiciones laborales de los mineros.

También retrata Palacio Valdés a estos proletarios en *La Aldea Perdida* y *Santa Rogelia*, pero la peripecia de estas dos novelas no discurre por los cauces del problema laboral. Este es puro telón de fondo; lo que importa en ambas novelas es el drama rural y humano que en ellas se sustancia al producirse el choque violento entre dos sistemas sociales antagónicos y entre dos modos de producción que no se pueden compatibilizar sino con el paso de mucho tiempo. El cambio drástico del modo de vida de una región campesina e idílica, que se ve transformada súbitamente en minera e industrial, conlleva un rechazo trágico y una mutua aversión personal entre aldeanos y mineros que termina en la tragedia y en el crimen.

Podemos establecer el estudio de la sociedad de la segunda mitad del XIX, vista por Palacio Valdés desde dos ángulos diferentes. Uno, quizás el que más pueda llamar la atención por ser la más avanzada y la que marca pautas a toda España, es el de la sociedad madrileña, otro el de la sociedad provinciana donde los ecos de la capital llegan más atenuados y las costumbres son menos llamativas y, digámoslo así, más plácidas. Cada uno de ellos ofrece matices típicos y complementarios, pero en ambos el conocimiento y la penetración del novelista son bastantes para darnos un cuadro suficientemente completo de ambientes, tipos y costumbres.

¹² Alborg, J.L. Op. cit. (pág 227).

Palacio Valdés sitúa diez de sus novelas en Asturias, tres en Andalucía, una en Valencia y, finalmente, ocho en Madrid¹³. Ninguna en las zonas industriales de Cataluña o de Vascongadas. Sin menospreciar el estudio de las sociedades periféricas, nos fijaremos hoy de una manera más intensa en la sociedad madrileña, tanto por los motivos expuestos, como por el hecho de que en ella transcurrió la mayor parte de la vida del autor.

Así pues, empezaremos por Madrid donde las clases dirigentes están compuestas por diversos estratos. El primero de ellos es una nobleza hereditaria de viejo cuño, la cual suscita en el resto de la pirámide social una aceptación y un respeto que es bien manifiesto en toda la novelística de Palacio Valdés. En el seno de esta aristocracia rancia hay familias de espléndida situación económica cuyo tren de vida y boato social se corresponde con unos ingresos tradicionales, de procedencia latifundista, que ni están por el momento, ni nunca han estado antes, en peligro de recesión. Hay otras que, aunque venidas a menos, conservan en su ideario todos los valores tópicos que quizás ya entonces presagiaban un pronto ocaso de los mismos, pero todavía sustentados en su origen estamental. Esta nobleza, de procedencia agraria, ha abandonado sus tierras en manos de arrendatarios y de administradores para venirse a vivir a la Corte¹⁴. Madrid es polo de fuerte atracción para todo el que es o quiera *ser alguien* en España. En la capital el boato de los salones y de la moda, así como el trato, primero con la realeza, y también con una sociedad elegante y distinguida, aglutina a estas gentes de superior educación y las aleja de una periferia más aburrida y, sobre todo, más vulgar y también más inculta.

Esta atracción que proporciona Madrid supone muchas veces el paulatino deterioro de un patrimonio mal atendido al que hay que ir dando recortes todos los años para mantener el tren de vida, mucho más caro en la Corte que en la lejana provincia de origen. En Madrid brillan con más fulgor de lo que pudieran hacerlo en sus tierras, su displicencia, su orgullo y su fatua vanidad. Se echa también de ver en esta clase alta su ignorancia y su desprecio por el esfuerzo que supone el trabajo, así como también por el estudio y por la lectura, porque en la sociedad de Madrid del reinado de Isabel II, de la Casa de Saboya, de la Primera República, de la Restauración y aún parte de la Regencia, no se leía. Nadie sabía nada de nada¹⁵ y lo curioso es que a nadie importaba un adarme esta ignorancia, porque este grupo ocioso encarna una mentalidad que se estanca en la no participación en las tareas productivas o intelectuales de España. La nobleza despreciaba no ya el ejercicio de un oficio (*¡vade retro!*), sino ni tan siquiera el de una profesión liberal, pues consideraba indigno todo

¹³ Roca Franquesa, J.M. (1953) *La Novela de Palacio Valdés. Clasificación y análisis*. Boletín del IDEA, Oviedo, (págs. 428-29)

¹⁴ Doña Emilia Pardo Bazán también recoge este inveterado uso social de los aristócratas en su novela "Los Pazos de Ulloa"

¹⁵ Hoyos y Vinent, A. (1931) *El Primer Estado*. Cia. Iberoamericana de publicaciones. Renacimiento, Madrid (pág.102)

lo que no fuese la propia tenencia de sus propiedades o, si acaso, la milicia, pero en aquellos tiempos liberales, tampoco la profesión militar ofrecía honra suficiente, así que, para la aristocracia de la sangre:

“No pudiendo servir a su rey con las armas, la vida de un noble debía ser, levantarse temprano para oír misa, echar un vistazo a su hacienda, platicar un rato con el mayordomo, jugar al tresillo con los curas, dar luego con ellos algún paseo, rezar el rosario, confesarse a menudo y dar constantemente ejemplo a los plebeyos de virtud y religiosidad, sin mezclarse nunca con ellos”¹⁶

Este es el ideario de un aristócrata provinciano, pero puede generalizarse, con variantes, al de la propia capital. Suprimiendo el levantarse temprano, el trato frecuente con los curas y las prácticas religiosas acendradas, más propias de las mujeres que de los hombres en la época, la aristocracia madrileña tiene exactamente los mismos ideales, solo que en vez de acudir diariamente a la iglesia, va a los cafés y a los teatros, también al casino, juega, a veces temerariamente, pasea en lujosos coches tirados por troncos de caballos ingleses, hace tertulia en los salones de los más encopetados, porffan en lujo y prodigalidad los unos con los otros y, en definitiva, no hacen cosa alguna de provecho, ni para sí, ni menos aún para la comunidad por la que, en el fondo, sienten una profunda indiferencia, si no un manifiesto desprecio.

Es ilustrativo de esta pereza y del poco interés por el trabajo que tiene la clase alta de la Restauración, el parlamento de Fuentes, en la comida del sábado en casa del banquero Osorio. Pondera éste el hábito que toda persona de calidad tiene de levantarse después del mediodía, cosa por otra parte natural si tenemos en cuenta el predominio de la vida nocturna a la que tan aficionada es la clase. Además, nos da una relación estratificada de la sociedad madrileña.

¿Quién se levanta primero en Madrid? Los barrenderos, los mozos de cuerda, los pinches de cocina. Un poco más tarde encontrará Vd. a los horteras abriendo las tiendas, alguna vieja que va a oír misa, a los lacayos que salen a pasear los caballos, etcétera etc. Luego empiezan a salir los empleaditos de las casas de comercio y los escribientes de las oficinas del Estado que llevan todo el peso de ellas, las modistillas, etc. A las once ya hallará Vd. gente algo más distinguida: oficiales del Ejército, estudiantes, empleados de tres mil pesetas, corredores de comercio, etc. A las doce empiezan a salir los peces gordos: los jefes de negociado, los banqueros, algunos propietarios; pero solo después de las dos de

¹⁶ O.C.P.V. (1948) *La Fe* (pág. 945, vol. II)

la tarde podrá Vd. ver en la calle a los ministros, a los directores generales, a los títulos de Castilla, a los grandes literatos.¹⁷

Obsérvese como Palacio Valdés incluye a los ministros y directores generales; es decir, a los políticos, entre los menos aficionados a madrugar y, por ende, al trabajo ordenado y productivo, no saliendo mejor parados en el discurso que antecede que el resto de la galería de estereotipos, las más de las veces despreciables a la par que despreciativos y cuya meta vital parece ser la más absoluta pasividad, la ociosidad más recalcitrante pues están poseídos de un horror visceral al trabajo, sea este de cualquier género. Todo ello es reflejo fidedigno de una sociedad fagocitadora del desarrollo personal, opresiva en su proverbial inanidad y condenada al desastre que no pudo por menos de sobrevenirle.¹⁸ Es decir, en aquellos tiempos en que todo el mundo y especialmente Europa crecía y se desarrollaba, nuestras clases dirigentes perdían toda noción de lo que es crear y fomentar la riqueza, despreciaban el ahorro y la productividad como auténticos parásitos que vivían estúpidamente del crédito.

Así, cuando las deudas llegan a exceder todo límite razonable y la solvencia personal del deudor está agotada, surge la figura siniestra del prestamista y del préstamo usurario. La usura es el gran azote social de las economías particulares del siglo XIX. Se llega en su práctica a extremos que hoy son inconcebibles, tales como comprometer en garantía del pago una herencia futura, lo que, si bien significa por parte del prestamista asumir un riesgo a largo plazo, por otra parte, se cubre las espaldas haciendo firmar al prestatario el doble o el triple de lo prestado. En casos menos extremos, intereses del diez o del doce por ciento (mensual) son bastante frecuentes en la práctica del crédito dudoso. Son abundantes también los prestamistas con prenda, como es el caso de Doña Rafaela (*El Origen del Pensamiento*), que hace una bonita fortuna a base de prestar pequeñas cantidades a elevado interés con la garantía de joyas u objetos valiosos, por lo que es claro que sus clientes han agotado toda su capacidad de endeudamiento financiero.

La sentencia latina: "*Quos vult Jupiter perdere, prius dementat*"¹⁹ parece hecha a la medida de esta alta sociedad o, si acaso dioses más benignos trataran de arrancarla de su letargo y de su loca indiferencia, le sería más aplicable entonces aquel verso de Schiller que dice: "*Mit der Dummheit kämpfen die Gotter selbst vergebens*".²⁰

Suceden inmediatamente a la aristocracia de la sangre la nobleza de nueva creación y la alta burguesía, que se funden con ella, constituyendo una clase única, aunque digamos que con

¹⁷ Id. *La Espuma*, (pág. 262, vol. II)

¹⁸ Campal Fernández, J. (1993). *Prólogo a El Maestrante* Ed. Egea, Oviedo (pág. 14)

¹⁹ Aquellos a quienes Júpiter quiere perder, primero los vuelve locos.

²⁰ En la lucha contra la estupidez, hasta los mismos dioses fracasan.

tres ramas diferenciadas pues entre la aristocracia rancia, la de nuevo cuño y los potentados, existen claros matices que nuestro autor esboza con pinceladas sutiles y con el ingenio irónico que le es típico. Las diferencias se hacen palmarias cuando describe a un personaje basto y soez, hijo de la fortuna y de la especulación, como es el caso del duque de Requena, (*La Espuma*) un valenciano sin escrúpulos que ha conseguido inmensas riquezas y, gracias a ellas, ha sido honrado por el rey con un título nobiliario. Se contrapone este personaje a la marquesa de Alcudia, cuyo título procede de una larga sucesión de nobles antepasados. Esta señora, aristócrata de cuna, e íntimamente convencida de la importancia de su clase y de su estirpe, podría decir sin empacho el conocido verso:

“No se ganan, se heredan, elegancia y blasón” ²¹.

Pero la avulsión de ennoblecimientos expandió la clase y, en cierto modo, la devaluó. El reinado de Isabel II fue, sin duda, el período durante el cual se crearon más títulos de nobleza de toda nuestra historia²². Más de ochenta nuevos títulos de Castilla entran en la nómina de Isabel II. El número de casas con título llega a superar el millar. Diez veces más de las que necesitaron Carlos V y Felipe II para gobernar el inmenso Imperio Español. Ahora militares de fortuna como los generales Espartero, Narváez, O'Donnell o Serrano, al llegar a los altos grados de su carrera reciben el título que los equipara a la nobleza de la sangre, premio condigno por el apoyo que prestaron al trono. Otros, como Prim, por su indudable y bien demostrada valentía, y otros, de mayor o menor relieve militar, quizás por ganárselos para la causa. Estos personajes de la realidad tienen su correlato en la novelística valdesiana bajo nombres y actitudes que enmascaran su personalidad verdadera, pero que, más o menos, han tenido historias similares. Así los siete generales que Palacio Valdés hace pasar por las páginas de sus novelas y que son: el brigadier Rivera y el general Bembo (*Riverita*) el general Pallarés y el general Patiño, conde de Morillejo, (*La Espuma*), el general conde de Ríos (*Maximina*), el general Sánchez Rojas (*Los Cármenes de Granada*), o el general Reyes (*Años de Juventud del Dr. Angélico*), son todos ellos, en las novelas de Palacio Valdés, personajes secundarios, pero dan testimonio del militar de fortuna que ha llegado a la cumbre de su carrera y, por lo mismo, a formar parte de la aristocracia.

Igual sucede con la alta burguesía que también participa en esta especie de rebatiña nobiliaria. Durante la restauración esta corriente de títulos continuó siendo fluida, tanto que superó todas las marcas anteriores, aunque ciertamente el Trono la creó con manifiesta intención de orillar en los notables las tentaciones carlistas y de seguir ganando a la nobleza y a la riqueza para la causa de Cánovas y Alfonso XII. También es de justicia decir que algunos ennoblecimientos obedecían a razones más generosas y se discernían por méritos

²¹ Machado, M. “*Adelfas*”

²² Cierva, R de la (1997) *Historia general de España*. Ed. Fénix Madrid. (pág.631)

sociales o académicos. Tal es el caso que Palacio Valdés nos refiere del personaje Pérez de Vargas (*Años de juventud del Dr. Angélico*), quien es creado conde del Malojal por sus investigaciones geológicas²³. El título nobiliario, no obstante, es una aspiración a la que la vanidad humana no sabe ni quiere renunciar y el mérito para lograrlo puede provenir de varios campos de actividad. El éxito en los negocios, el poder que representa la fortuna, que al manejar los resortes de la economía y de la banca puede ser otro apoyo importante, tanto moral para el Trono como material para el Gobierno. Este apoyo se hace perfectamente visible, sobre todo, en la no siempre fácil tarea de la colocación de la Deuda Pública. El Trono se siente más seguro con estos apoyos y así va a incluir también en el círculo de los privilegiados a los personajes de la política, entonces, como ahora, propicia para el ennoblecimiento del triunfador.

Desde mucho tiempo atrás, se fue formando en Madrid, al lado de la clase media de literatos, abogados, médicos y políticos, una burguesía de negocios que dominó el comercio en su más amplia acepción, incluido el del dinero. Casi todos habían llegado a Madrid desde las provincias, siguiendo una pauta establecida desde el Antiguo Régimen por familias de comerciantes, algunas de ellas hidalgas, arraigadas en pequeñas y medianas localidades de la periferia. Esta burguesía estaba dispuesta a multiplicar rápidamente sus ganancias, especialmente interesándose en los negocios que florecían a la sombra del Estado y de la Administración, como lo era, por citar un ejemplo notorio, la construcción de ferrocarriles.

Estas gentes que, cuando llegaron a Madrid, donde, como ya hemos apuntado, no había industria de ningún tipo, se establecieron como comerciantes al por mayor en paños, vinos, cereales, paja, etc. etc. El banquero Calderón (*La Espuma*), por ejemplo, procedía de una familia que había hecho sus primeros miles de duros con el negocio de pieles y curtidos, lo que hace decir a otro personaje:

“Mi familia es mejor que la suya; mi abuelo no ha sido un tendero como el padre de Don Julián”.

Lo que revela que, aún entre iguales, la procedencia familiar se tiene muy en cuenta y así lo hace notar Palacio Valdés, confirmando el riguroso clasismo de la época.

Cuando estas familias de comerciantes formaron algunos ahorros, es decir, cuando empezaron a tener excedentes de tesorería que ya el negocio original no necesitaba para su propia financiación, surgieron las vocaciones bancarias y tuvieron la enorme fortuna de estar presentes y a mano cuando la aristocracia rancia declinaba y el propio Estado, ante la imposibilidad de aumentar la presión contributiva, les solicitaba préstamos, porque ellos eran los únicos que los podían cubrir. Así acudió esta burguesía en ayuda de los patrimonios

²³ O.C.P.V.(1948), *Años de Juventud del Dr. Angélico* (pág.1579. vol. I)

nobiliarios que inexorablemente menguaban debido al gasto inmoderado de un lujo que conllevaba una permanente instalación en el crédito. De este modo, poco a poco, fueron transfiriendo a sus arcas y a sus registros propiedades mobiliarias y, sobre todo, inmobiliarias. Esta transferencia de propiedades inmobiliarias fue haciéndose cada vez mayor porque, con su vida disipada, la nobleza se veía obligada cada año a renegociar sus deudas para mantener sus trenes y, o bien tomaba dinero a préstamo, firmando nuevos pagarés a intereses abusivos, o bien optaba por vender, a precios de saldo, una casa o una finca que no resistía más hipotecas. También se dedicaban los negociantes al suministro oficial de armas y equipos, uniformes, mantas, etc. que un ejército en perpetua campaña necesitaba continuamente.

De esta forma se constituyó esta nueva clase dirigente en una nueva grandeza ligada al Estado que convirtió a Madrid en la capital financiera de España y a sí misma en proveedora, prácticamente única, de dinero, porque el Banco de España, como entidad prestamista del Tesoro Público, tenía, necesariamente, que recolocar la deuda que el Estado le imponía ya que su liquidez no era inagotable porque estaba severamente sometida al patrón metálico, única garantía del mantenimiento cambiario del papel moneda. Así se fueron abriendo casas de banca y, consecuentemente, fueron haciéndose con todos los Títulos de la Deuda, acercándose tanto a los centros de decisión que llegaron también a tocar el poder político. Así mismo vino a frecuentar los salones aristocráticos que le abrieron sus puertas, a pasear en lujosos carruajes por el Prado y a llegar hasta las más altas e influyentes personalidades, incluso hasta las gradas del trono. Una vez que se abrió paso en esta sociedad, nada le costó convertirse en nobleza pues, como ya queda dicho, una corona pródiga no escatimó títulos, órdenes militares ni grandes cruces a los triunfadores de la especulación. *La Espuma* es un fiel retrato de cuanto queda expuesto.

Al estudiar las capas que componen la sociedad española del tiempo de la restauración, tal como las ve y describe don Armando Palacio Valdés, hemos pasado de puntillas sobre dos de ellas: médicos y sacerdotes. Tampoco nos hemos fijado en general en el resto de profesiones liberales, tales como ingenieros, abogados, etc. Este estudio ya lo han realizado exhaustivamente otros autores, como, por ejemplo, Guadalupe Gómez-Ferrer y entendemos que no es primordial para los fines que nos hemos propuesto en el presente trabajo. Sin embargo, a sacerdotes y a médicos, los hemos hecho esperar hasta el punto en que ahora nos encontramos, tras el que vamos a examinar la intencionalidad política de Palacio Valdés, especialmente para con los sacerdotes.

Justifica esto el hecho de que la religión y la política, aunque haya quien sostenga lo contrario, tienen una fuerte interdependencia. Ambas pertenecen al mundo de las creencias, más que al de las ideas y, por lo tanto, interactúan y se interfieren, se confunden en muchos casos y, por ello, la actitud del Estado frente a la religión es causa muchas veces de

enconados enfrentamientos, con consecuencias políticas de las que es obvio hablar. El mismo don Armando afirma en *Los Oradores del Ateneo*:

“(...) la irresistible atracción que ejercen sobre el espíritu en estos críticos tiempos y su actualidad, sobre todo en nuestra España, donde a la hora presente teología y política andan sobradamente confundidas...”²⁴

Trasladándonos a la época que nos ocupa, veremos cómo los sacerdotes han tenido una importante implicación en los temas políticos, muy especialmente ejerciendo una influencia, ya desde el púlpito, ya desde la actuación a niveles más personales, para conseguir votos y voluntades electorales, así como para influir directamente en comportamientos sociales de los que pudieran derivarse posiciones de privilegio para la casta sacerdotal. Así en dos novelas de Palacio Valdés, *El Señorito Octavio* y *La Espuma*, analizaremos someramente el comportamiento del Párroco de la Segada, en el distrito electoral de Vegalora en Asturias y el del padre Ortega en Madrid, dos tipos de sacerdote, uno perteneciente al bajo y otro al alto clero.

La labor del primero de ellos consiste en captar las voluntades de quienes pueden prestar apoyos en Vegalora a la candidatura del conde de Trevía, personaje ultraconservador, cuya ideología política se identifica, al parecer, con los intereses de la Iglesia. Por eso el párroco trata de convencer a Octavio, que es también conservador²⁵, para que consiga meter en su redil a su propio padre quien, pese a sus ideas progresistas, es un hombre cabal e influyente y así, entre los dos, conseguir cuantos voto puedan para el prócer, con la vaga promesa de que, en un futuro no muy lejano, podrá ser él –Octavio- quien represente en el Congreso de los Diputados al distrito, con lo cual, al halagar la vanidad manifiesta de Octavio, trata de conseguir que éste se convierta en propagandista de la causa conservadora. Así le va haciendo sugerencias del siguiente tenor:

¡Cuántos que son hoy grandes personajes y se sientan en la poltrona andarían por su tierra escribiendo pedimentos y dando consultas a peseta si no hubieran metido la nariz en la política! [...] Ya sabe que no soy adulator y se lo digo como lo siento [...] Los partidos avanzados están llenos de jóvenes, y para que uno de ustedes llegue a brillar es necesario que sea una eminencia, y, aun así, jamás adquiere respetabilidad. En cambio el partido católico tiene consigo toda la riqueza del país y toda la aristocracia; pero le hacen falta jóvenes, por lo cual no es difícil que un muchacho de valer, como usted, logre distinguirse pronto. Créame a mi, señorito; créame a mí... Es el Evangelio lo que usted está oyendo.

²⁴ Id. *Los Oradores del Ateneo* (pág. 1176, vol.II)

²⁵ Id. *El señorito Octavio* (pág. 66, vol. II)

Para alcanzar dentro de pocos años una posición brillante y mandar como jefe en este distrito, y acaso en la provincia, no tiene más que hablar con prudencia, alternar con las personas sensatas del pueblo, cumplir con los preceptos de la Iglesia y dejarse estar...dejarse estar... Lo demás corre de nuestra cuenta...Los curas valemos poco..., es verdad...; pero todavía..., todavía..., todavía... Hoy, lo que le conviene es apoyar con decisión la candidatura del señor conde de Trevía... Hará usted un gran favor a la buena causa y adquirirá la consideración de todos los hombres sensatos. Mañana será otro día... El conde no ha de ser siempre diputado, señorito..., y cuando llegue la ocasión todos arrimaremos el hombro y le ayudaremos a empinarse.²⁶

He aquí una perfecta muestra del sibilino proceder del párroco. El discurso que le propina al señorito Octavio, seguramente que se lo repite a cuantos vecinos le interese ganar para su causa, convirtiéndose así en eficaz agente electoral de los intereses del partido católico, los cuales coinciden con los del clero y con los de *lo establecido*. Es también de suponer, sin caer en falsas apreciaciones, que igual o parecido comportamiento al del párroco de La Segada, lo tendrían todos los curas a lo largo y ancho de la España rural, en la tarea de cómo presionar para hacer las elecciones y acopiar los votos. Ya nos hemos ocupado en otra parte de esta cuestión, pero en esta novela, la primera que escribe Palacio Valdés, el interés radica en que es precisamente el sacerdote quien interviene claramente en los manejos electorales.²⁷

El otro prototipo de sacerdote, el de ciudad, es más fino, más sutil, es verdad que se le ve venir, pero no de tan de lejos. Es el ya citado Padre Ortega. Palacio Valdés nos presenta a un clérigo mundano que entra habitualmente en los salones de la aristocracia madrileña y tiene modales elegantes, decir pausado, excelente trato, vestimenta impecable, es siempre cordial y cortés pero jamás bromista. Buen orador sagrado en el púlpito y *mostrando siempre un talento claro y una ilustración poco común en los de su especie*. En las numerosas *matinées* que organiza la clase alta para escuchar sus charlas y elevar su espíritu, el caballo de batalla de este clérigo es la compatibilidad de la razón y la fe. Se muestra amigo de la ciencia moderna y pretende que un mayor conocimiento científico contribuye a lograr un pensamiento claro y un acrecentamiento de la fe en los propios creyentes de la ortodoxia católica. Maneja citas de Hegel, Darwin y Malthus con sorprendente soltura y familiaridad. Una vez que se ha granjeado la admiración y el respeto de los reunidos, no deja de hacer apología de tres cuestiones que considera fundamentales, de los que el llama los tres pilares de la civilización: *Religión, Tradición y Propiedad*, tres instrumentos para el mantenimiento de lo establecido que llevan su influencia a todos los terrenos, ya sean el de la economía, el de la política o, incluso, el de la propia caridad. Esta manera de enfocar las cuestiones

²⁶ Id.id. (pág 95, vol. II)

²⁷ Id.id. (pág. 79, vol.II)

teológicas le granjea, primero la admiración de los tibios y después la benevolencia de todo el auditorio, benevolencia que el sagaz escolapio aprovecha para ejercer su influencia, no tanto a través de las reuniones y charlas, cuanto mediante el sacramento de la penitencia. Toda la aristocracia de Madrid, o lo más granado de ella, son hijos e hijas de confesión del Padre Ortega y ahí, en el confesionario, es donde aprieta de firme las clavijas a los adictos o donde se muestra discreto y prudente con los más tibios, haciendo gala de un tacto exquisito para llevar el agua a su molino. Cuando fallecía algún miembro de la alta clase, se hacía poner en las esquelas de defunción como director espiritual del difunto y así su fama se extendía y los miembros de la aristocracia y de la alta burguesía se preciaban de recibirle en sus casas, de ser sus seguidores y, en fin, de dejarse influir por él, pues esto era de *buen tono*. De este modo su influencia llegaba a que no se diera un paso en ciertas familias sin consultarle y conseguir su anuencia. Sin embargo, cuando topaba con una familia con poca afición a las cosas de la Iglesia, ensanchaba la manga hasta extremos insospechados, se hacía benigno y tolerante, procurando nada más que guardasen las formas y no dieran malos ejemplos a los otros. También se encargaba de gestionar la adquisición del mayor número de posible de indulgencias, la bendición papal *in articulo mortis*, así como las preces de algún convento de monjas.²⁸ En otras palabras: puede decirse que el Padre Ortega fue un antecesor y un ejemplo clónico de la orden -o prelatra personal, como gustan de llamarse- creada ya en el siglo siguiente, y llamada, como parece obvio decir, *Opus Dei*. También puede considerarse al fino escolapio como antecedente de otro movimiento más beligerante y con vocación de liderar masas, nacido en Brasil y dirigido por el obispo Plinio Correa de Oliveira, bajo las siglas T. F. P. (tradicción, familia y propiedad) que tuvo bastante eco en la España de las décadas 1960-1970.

Con estos dos ejemplos, que entresacamos de los bastantes más que cabría citar entre los personajes clericales creados por Palacio Valdés, consideramos que queda bien manifestada la labor de zapa que el clero decimonónico efectuaba en la época de la Restauración, labor que, en realidad, nunca ha dejado de existir, ni antes ni después del período histórico al que nos estamos refiriendo. Al fin y al cabo, como ya dejamos hecho mérito al principio de este apartado, religión y política se interfieren y las influencias de los clérigos han sido siempre considerables. Esto explica -aunque no justifica- que las persecuciones políticas los hicieran blanco de las iras y de las malquerencias de una parte del pueblo, la más desfavorecida y quizás también la más ideologizada en la época posterior. Pero esta es cuestión distinta de la que ahora nos ocupa y que, por si sola, merecería un amplio estudio sociológico separado.

Con estas pinceladas finalizo este trabajo, esperando haber dado una referencia fiel de la composición estratificada de la sociedad entre los siglos XIX y XX vista por Don Armando Palacio Valdés. Su crítica, justa e inmisericorde, constituye una clara premonición de los

²⁸ Id. *La Espuma* (págs. 186-187, vol. II)

acontecimientos posteriores cuyos inicios, para su desgracia, a él mismo le tocó vivir. Don Armando sufrió en propia carne todas las desgraciadas que fueron consecuencias de la desidia, el egoísmo, la incomprensión y la pereza de unas clases dirigentes. Estas clases debiendo tomar en sus manos las riendas de la justicia y de la laboriosidad, dando impulso a la transformación de la sociedad, cosa a la que por ley natural estaban obligadas, prefirieron inhibirse y disfrutar de sus privilegios sin hacer nada por mejorar la suerte de España.

De este modo sobrevino posteriormente la tragedia nacional que todos conocemos y cuyas responsabilidades hay, desde luego, que repartir, pero buena parte de ellas deben de serle atribuidas a aquella parte de la sociedad española de entre siglos, que su por inhibición y desinterés y, por qué no decirlo, holgazanería, permitieron que las cosas llegaran a los extremos que en las páginas que anteceden hemos estudiado.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBORG, J. L. 1999.: *Historia de la Literatura Española*, Gredos, Madrid.
- BENAVENTE, J. 1950.: *La ciudad alegre y confiada*, Aguilar, Madrid.
- CAMPAL FERNÁNDEZ, J. L. 1993.: *Prólogo a El Maestrante*, Egea, Oviedo.
- CIERVA, R de la, 1997.: *Historia General de España*, Fénix, Madrid.
- FOX, R. 1975.: *La Novela y el Pueblo*, Akal, Madrid.
- GÓMEZ-FERRER MORANT, G. 1983, *Palacio Valdés y el Mundo Social de la Restauración*, Instituto de Estudios Asturianos (CSIC) Editores, Oviedo.
- HOYOS Y VINENT, A. 1931.: *El Primer Estado*, Cia. Iberoamericana de publicaciones, Renacimiento, Madrid.
- MACHADO, M. (sin fecha) *Adelfas*, en: *Las mil mejores poesías de la lengua Castellana*, Madrid.
- MAINER, J.C. 1972.: *Literatura y pequeña burguesía en España (1880-1950)*. Cuadernos para el Diálogo, Madrid.
- PALACIO VALDÉS, A. 1943.: *Obras Completas (2 vols.)* Aguilar, Madrid.
- SECO SERRANO, C. 1970.: *Cuadernos Hispano-Americanos*, Madrid.
- ROCA FRANQUESA, J.M. 1953.: *La Novela de Palacio Valdés*, Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo